

AJEDREZ.

IV.

REGLAS DEL JUEGO.

Las reglas siguientes, con tal ligera modificación, se observan y siguen desde hace cincuenta años: han sido revisadas últimamente por la junta de la Sociedad de Ajedrez de Londres fundada en 1807, la cual las ha publicado, y son como sigue:

I. El **TABLERO** debe estar dispuesto en términos que la casa angular de la izquierda de cada jugador sea una casa negra. Cuando el **TABLERO** haya sido mal situado, deberá ponerse bien antes que se haya dado la cuarta jugada por ambas partes, pero no después.

II. Si cualquiera pieza fuese mal situada al principio del juego, cualquiera de los dos jugadores puede insistir en que sea enmendado el yerro, en caso que le note antes de hacer su cuarta jugada, pero no después.

III. Si un jugador, al comenzar el juego, olvida el poner todas sus piezas en el tablero, le será permitido reparar la omisión antes, pero no después, de hecha su cuarta jugada.

IV. Si un jugador, queriendo devolver cualquiera pieza á su contrario, olvida quitarla del tablero, su adversario, después de hechas cuatro jugadas de ambas partes, tiene la opción de proseguir ó de volver á comenzar el juego.

V. Cuando no hay piezas devueltas, cada uno de los jugadores debe hacer alternativamente la primera jugada, y la suertada debe designar quién ha de comenzar el

primer juego. Cuando el juego es nulo, al que le abrió toca hacer la primera jugada en el partido siguiente.

VI. Cuando uno de los jugadores da una ó varias piezas á su adversario, aquel tiene derecho á comenzar el juego, á menos que se estipule lo contrario. Cuando se da un peon, siempre es el del alfil del rey.

VII. Toda pieza tocada debe ser jugada, como el jugador al punto de tocarla no diga *comengo*, ú otras palabras que expresen lo mismo; pero si una pieza perdiese su lugar ó cayese por efecto de casualidad, puede volverse á donde estaba.

VIII. Mientras un jugador no quite su dedo de la pieza que ha tocado, está en libertad de ponerla donde quiera, menos en la casa de donde la ha sacado; pero luego que le quite el dedo no puede ya reparar la jugada.

IX. Si un jugador toca una de las piezas de su adversario sin decir *comengo* ú otra expresión equivalente, puede su adversario forzarle á que la coma; pero si las reglas del juego se oponen á que sea comida, puede forzarle á jugar su rey, y si el rey está situado de manera que no pueda mudar de lugar, no puede imponerle ninguna pena.

X. Si un jugador quita de su lugar una de las piezas de su adversario, este tiene derecho á obligarle: 1º á volver la pieza á su lugar y á jugar su rey; 2º á volver á poner la pieza y á comerla; 3º á de-

jar la pieza en la casa en que había sido situada como si hubiera sido buena la jugada.

XI. Si un jugador come una de las piezas de su adversario con una de las suyas propias que según las reglas del juego no pueda comer, su adversario puede forzarle ó á comer esta pieza con una de las suyas, si está amenazada, ó á jugar con su propia pieza tocada.

XII. Si un jugador come una de sus propias piezas con otra de sus piezas, su adversario puede, á su arbitrio, obligarle á jugar la una ó la otra de esas mismas piezas.

XIII. Si un jugador hace una falsa marcha, es decir si pone una de sus piezas en una casa donde no puede situarse según la regla, su adversario puede, á su arbitrio, forzarle, ó á dejar la pieza donde la hubiera puesto, ó á ponerla, según las reglas del juego, en otra casa, ó á volver la pieza á su lugar y jugar su rey.

XIV. Si un jugador juega cuando no le toca, su adversario tiene derecho de exigir ó que valgan las dos jugadas ó que se deshaga la segunda.

XV. Cuando por la primera vez se juega un peon en un juego, puede avanzarse á una ó á dos casas; pero en este último caso el adversario tiene el privilegio de **COGERLE AL PASO** con un peon que hubiese podido cogerle si solo se le hubiera avanzado á una casa. Un peon no puede ser cogido **AL PASO** sino por otro peon.

XVI. Un jugador no puede **ENROCAR** sino en los casos siguientes:

- 1º Si el rey ó la torre han sido jugados;
- 2º Si el rey está en **JAQUE**;
- 3º Si hay una pieza entre el rey y la torre;

4º Si el rey está obligado á cruzar por una casa atacada por una de las piezas de su contrario.

Al jugador que **ENROCA** en uno de los

casos arriba mencionados, puede su contrario obligarle á dejar subsistir la jugada ó á jugar su torre.

XVII. Si un jugador toca una pieza que no pueda jugar sin dejar á su rey en **JAQUE**, está obligado á volver la pieza á su lugar y á jugar su rey; pero si el rey no puede mudar de lugar, el yerro no tendrá consecuencia.

XVIII. Si un jugador, sin decir **JAQUE!** ataca al rey de su adversario, no tiene este obligación de hacer caso, pero si el primero al volver á jugar, dice **JAQUE!** cada jugador está obligado á reparar la última jugada, y aquel cuyo rey está en **JAQUE** debe resguardarle.

XIX. Si el rey ha estado en **JAQUE** mientras que se han hecho varias jugadas sin que se sepa cómo ha sucedido el caso, aquel cuyo rey está en **JAQUE** debe resguardarle; pero si son conocidas las jugadas que han seguido después del **JAQUE**, deben rehacerse todas.

XX. Si un jugador dice **JAQUE!** sin darle, y su adversario por consecuencia juega su rey, ó toca una pieza ó un peon para resguardarle, este estará en libertad de rehacer su jugada, con tal que su adversario no haya completado su jugada siguiente.

XXI. Todo peon que llegue á la 8ª ó última casa del tablero, debe ser al punto cambiado por una reina ó cualquiera otra pieza que quiera el jugador, aun cuando tenga el tablero todas sus piezas completas. Siguese de aquí que puede haber dos ó varias reinas, tres torres, tres alfiles, tres caballos y aun mas.

XXII. Si al fin de un juego un jugador queda con torre y alfil contra torre, ó con dos alfiles solos, ó caballo y un alfil, etc., debe dar mate á su adversario en cincuenta jugadas, si no se tendrá por nulo el **JAQUE**. Comiénzase á contar las cincuenta jugadas desde el momento que el

contrario anuncia que va á contarlas. APLICASE igualmente esta regla á todos los casos en que se trata de dar mate con piezas solas, tales como la reina ó una torre, la reina contra una torre, etc., etc.

XXIII. Si un jugador se obliga á dar mate con tal pieza ó tal peon designado en una casa determinada de antemano, ó si emprende forzar á su contrario á hacer tablas el juego ó á darle mate, no está restringido á un número limitado de jugadas.

XXIV. TABLAS es un juego nulo.

XXV. Si un jugador hace una falsa

marcha, enroca de una manera ilegítima, etc., etc., debe su contrario advertirle esta irregularidad, antes de tocar una pieza ó un peon; de otra suerte, no le será lícito imponer pena alguna.

XXVI. Si se suscita una duda ó disputa á que no den solución alguna las reglas, ó si se suscita una discusión acerca de alguna regla, los jugadores deben someter la dificultad á los mas hábiles y á los mas desinteresados de los concurrentes, y la decisión de estos debe ser considerada como decisiva.

VALOR RELATIVO DE LAS PIEZAS.

LOS PEONES son las menos preciosas de todas las piezas. Sirven de unidad para medir el valor de las demás piezas. Sin embargo, hay alguna diferencia en el valor de los peones: los del rey, de la reina y de los alfiles, que se llaman PEONES DEL CENTRO, son mas importantes que los demás, sobre todo al principio y á mediados del juego; los peones de la torre son los menos importantes.

LOS ALFILES Y LOS CABALLOS se consideran como de igual valor; estimanse en mas de tres peones sin llegar sin embargo á cuatro.

DOS piezas secundarias, como dos alfiles ó dos caballos, ó un alfil y un caballo se consideran como equivalentes á una torre y dos peones.

UNA torre vale cinco peones y puede cambiarse por una pieza secundaria y dos peones: dos torres valen tres piezas secundarias.

LA REINA vale dos torres y un peon.

EL REY, por la naturaleza misma del juego, no tiene valor. Los valores que hemos hecho constar se aplican solamente al principio y á mediados del juego, pero siempre es preciso tomar en cuenta la posición general de las piezas, pues una torre fuera de juego puede cambiarse provechosamente por un caballo ó por un alfil que ocupe un buen lugar. A veces es bueno sacrificar un caballo por dos peones, aunque absolutamente valga aquella pieza tres, etc., etc. Hacia el fin del juego, la reina y los caballos rebajan de valor, mientras los castillos y los peones adquieren mayor importancia: púedese entonces sacrificar un caballo ó un alfil por un solo peon, pues al fin del juego un rey y un peon pueden ganar, pero un rey y uno y hasta dos caballos no pueden.

SOLUCION DEL PROBLEMA II DE AJEDREZ.

- | | | |
|-----------------|---------|------------------|
| BLANCAS. | NEGRAS. | BLANCAS. |
| 1. C6 A d d3 | R & D4 | 3. T & d4 R. jn. |
| 2. T & A a d d3 | R & T | |

MODAS DE PARIS.

Por el presente, para dar idea de las modas del emporio del buen gusto y elegancia en el vestir, basta y sobra, así lo creo yo á puño cerrado, con poner á la vista de mis deliciosas lectoras el par de primorosos figurines adjuntos: la perspicacia de las interesadas hace de todo punto ociosa toda explicacion escrita.

Otras cosas harto de moda en Paris hoy no pueden representarse con figurines, como por ejemplo los destierros por centenares de los personajes mas ilustres de la Francia, la completa restricción de la libertad de imprenta, la persecucion, el espionaje, la violacion de toda garantía social, los asesinatos administrativos, las incontestables violencias, en suma, que Luis Napoleon, actual presidente-autócrata de Francia, por la gracia del Sable, está en el dia ejerciendo, con el cristiano y filantropico fin de *monarquizar* por completo la nacion que ha tenido la torpeza de poner su vida en las manos de él.

Mas de cuatro sujetos hay aqui en Méjico, y de lo mas delicado y exquisito de nuestras *notabilidades* políticas, que darian un dulce á quien quisiera agradecer á esta nuestra república con galanterías á la Luis Bonaparte, á reserva de desairarlas ellos si llegaba el galan á comprenderlos en sus "suaves presiones." En efecto, harto de envidiar debe de ser la condicion deleitable de una venturosa nacion en que, como en el dia sucede en Austria y Francia, no haya libertad de imprenta mas que para incensar al dueño y señor, ni lengua mas que para loar el señor y dueño, ni vi-

da mas que para el servicio del dueño y señor, ni pensamiento mas que para contemplar, bendecir y admirar al señor y dueño. . . .

No sin querer hé traído aqui á la política; hablando de modas no he podido ni debido pasar en claro estas modas tan nuevas y tan rancias á un tiempo en el gobernar á los hombres, ni tampoco he podido, sin grave cargo de conciencia, negar un lugar en este artículo al nombre del famoso modista que hoy ha tomado sobre sí el vestir á los franceses. Por ventura pue es "digno y justo" el hacer mención de un *cutorador* notable, así como de un cantante, de un músico, y en suma de toda habilidad sobresaliente en su línea! Por ventura yvale mas un *virtuoso* que un "restaurador del Imperio," un resucitador de muertos?

No lo creo yo. Pero sea como fuere, contando yo con la indulgencia de los que no sean de mi parecer, paso á otra cosa.

El domingo 14 del presente mes de marzo del año 1852, tuvo efecto en la plaza de toros del paseo de la Victoria la ascension *aerostática* (AEROSTÁTICA no tiene gracia) del *aereonauta* (así dice un maestro de mucha gollina) Gomez Puente, bajo el patrocinio, amparo y ayuda del señor Escobedo. Nada particular ofreció el espectáculo, si no es que la concurrencia fué muy escasa; pero no puedo menos de notar ahora que se ofrece la singular circunstancia de que el señor Puente siempre luce en plazas de toros, lo cual haria

temer á un fatalista quien sabe qué suerte taurina para el aeronauta.

El mismo domingo ya mencionado, hubo una lucha que no fué lucha entre un oso y un toro, en la plaza de San Pablo, y de la cual, segun un periódico sesudo que á la vista tenemos, resultaron desgracias en la concurrencia.

Tambien el propio domingo se estrenó en el teatro Nacional una cantatriz, la señora Koska, extranjera de origen y procedencia, y no agradó tanto como se esperaba ella: parece que los auditores no sintieron *trasportes* de entusiasmo, ni "*expansiones*," no percibieron "*melodías ferreas*," ni notaron "*estilos chispeantes*," "*trozos de fisonomías*," "*canencias volcánicas*;" en fin, parece que la voz de la virtuosa no despidió "*corrientes proféticas*."

Por demás me parece el hablar á estas horas del pasado carnaval. Un gacetero que por señas no es mejicano y que se dedica con desahogado afán á recordar á los mejicanos las concejas de las descomunales fañañas de nuestros conquistadores, como cosas que importa mucho que los mejicanos sepamos y no olvidemos, ha dicho *sonriendo* que la diversion á que en este lugar me contraigo ha estado poco animada este año, deduciendo luego que el público mejicano tiene mas *ganans* de ahorrarse que de divertirse "cómo Dios manda," como manda Dios que se divierta el público mejicano, lo dirá tal vez el Decálogo ultramarino del gacetero, pues lo que es en el Catecismo del padre Ripalda no encuentro yo nada relativo al caso. Agrega después el mismo susodicho gacetero, con el *genio* que le distingue y sin apearse del *rango* que ocupa, esta agudeza digna por su novedad y chiste de transmitirse por *despacho* telegráfico al suelo que le ha inspiró: "La careta ha perdido todos sus *prestigios*: sin duda es porque

la mayor parte de los hombres (y mujeres, se entiende) la llevan todo el año..."

Las corridas de toros, con motivo de la curesma, no son hoy de legitima exhibicion; y es de sentirse de veras, porque con ellas se le acaba la ocasion al consabido gacetero de lucir sus profundos y envidiables conocimientos de tauramaquia, así como de que siga *banderillando* á sus lectores por ese lado.

Vamos á lo serio.

Es de mi deber como mejicano el referir el horrendo é inaudito atentado que se ha cometido en California en la persona de una señora mejicana, cuyo nombre no revela el periódico en que consta el hecho. Esta señora pues en la ciudad de Downville, de la jurisdiccion de los Estados-Unidos del Norte, fué arrebataada por los miserables y bárbaros vecinos, á pretexto de no sé qué delito, y colgada de una cuerda que se *atravesó* encima del rio llamado North Yuba.

"Allí, dice el periódico, fué arrastrada por la plebe la débil víctima: su aspecto era altivo y sereno en sumo grado; era muy hermosa, pero ni su hermosura ni su donaire fueron bastantes á mover á compasion á sus asesinos. Con la mas imperturbable entereza se aplicó ella misma la soga, y ocultó el nudo bajo las negras matas de su abundante cabello; sacó luego unos cigarros, repartiólos entre los circunstantes, medio fumó uno que se habia reservado y le tiró luego. Al punto su esbelto y ligero talle voló por el aire, sin patallear apenas, tan potente era la voluntad que mantenía á sus libres brazos tenazmente apretados á sus lados. Allí quedó colgada, muerta, entre el firmamento y la tierra, clamando venganza su cadáver de la atrocidad de un pueblo bárbaro."

Suponer que el gobierno mejicano tendrá conocimiento de esta barbaridad, sería mucho suponer. Pero ¡hay mejicano



LE MONITEUR DE LA MODE.

Rue Richelieu 92 à Paris.

Montes y Alcañices, 24. Botines, Colletto de la M^{ta}. Repotin Duarre.
Mouchon de M^{te} Chapron, 7, de la rue. Saifons de Guetlain, 11, de la rue 52. El Brand 20, 17.

que se contente con solo saber el caso, y no se conmovirá el gobierno hasta el punto de providenciar lo conveniente á no permitir que quede impune tamaña atrocidad?.....

Mis compatriotas deben esforzar su voz y su influjo, y á ello los invito encarecidamente, á efecto de que el inaudito cri-

men contra la humanidad, la sociedad y el cristianismo no quede impune.

Los feroces hombres que han asesinado tan bárbaramente á una criatura humana, á una débil é indefensa mujer, á una mexicana, ¿no deben considerarse como unos forajidos que toda sociedad debe escarmentar ejemplarmente? X.

COMO VIVEN LOS HEROES DE NOVELA.

POR FILIBERTO AUDEBRAND.

"No come quien quiere sino quien puede," dice un triste proverbio inglés, el cual por desgracia es aplicable á todas las naciones. Este melancólico aforismo nos parece aplicable mas particularmente á los personajes de las novelas modernas, á los héroes de los folletines¹.

En la literatura francesa siempre ha sido una regla el no hacer comer á los enamorados, ni aun á los forajidos. Francisco Rabelais², es verdad, habia ciertamente puesto el principio en sus obras maestras, que se debe comenzar un libro por una gran escena de comida; pero en breve quedó abandonada la doctrina del cura de Meudon, Scudéry y toda su escuela, mucho mas numerosa de lo que se cree, desechaban de sus libros todo relato de comida.

En aquellos tiempos de pastorales y de ramilletes á Cloris, no habia mas potaje que el amor y el murmurio de los arroyos. Durante el siglo diez y siete todo entero y una parte no despreciable del diez y ocho, siglo tan positivo, diferenciábanse los

héroes de novelas en lo relativo al estómago, del resto de los humanos; lo cual quiere decir que un héroe de novela no bebía ni mascaba: vivía, y punto concluido.

Guardábase el autor de informarnos de qué trata se valia para mantener á su galán, hacerle enamorar, refír, dejarse medir las costillas, ver tierras y tantas otras cosas sin jamás echarse á pechos un vaso de agua ni comerse una nuez: no era esta situacion cuenta del autor, sino del galán solamente.

La critica, inexorable siempre, no dejaba de hacer con este motivo un reparo severo y aun de vez en cuando soltaba una pulla.

—¡Por mi ánima! exclamaba el autor, ya he soltado mi héroe; allá se las averga él. En conciencia, á mí no me toca servirle los platillos. Lo he engendrado, lo he dado á luz, pero no estoy por calentarme el cerebro en describir los pormenores de un *realismo* prosáico. El espectáculo de un hombre que tiene llena la boca descomponese sin duda ninguna toda accion tal cual decente. Yo soy un poeta y no un cocinero.

1 Martinez López.
2 Rabelais.

Mientras tanto, el desdichado héroe de novela, fuese caique como en Marmot, forajido de profesión como en Ducray-Duménil¹ ó trovador que tocara la bandurria como en madama de Genlis; el héroe, decimos, no salía de su paso en cuanto al comer; vivía en ayuno desde el primer párrafo hasta el punto final de cuatro volúmenes en dozavo. ¿Cómo no ocurría al autor que tuviese necesidad de reparar sus fuerzas? Robábase á su dama tres veces, casábase una vez, crecía como un hongo en un sítial á la Voltaire hasta el septuagésimo quinto año de su edad, y llegaba á verse hecho el bendito padre de tres pares de lindos chicos, sin haber en toda su vida hecho una digestión maciza.

Me hareis presente quizá que comía el héroe en los entreactos; que aprovechaba, para comer, el blanco intermedio de un capítulo á otro. Así sería; pero aquí para nosotros, cualquiera tiene derecho de dudarlo. Lo que tiene muy presente todo hijo de vecino es que á excepción de Gil Blas, nunca se ha visto á un solo héroe de novela comer, de la revolución (la de 1789) para atrás.

Nomé antes á Gil Blas: ahora bien, Lesage, como hombre de ingenio que era, sabía alargarse á que meneara los dientes su protagonista, y con todo no lo hacía sin cierto recelo. Es de notar en efecto que el aventurero Santillana no se pone propiamente hablando á la mesa, sino una sola ocasión, en una hostería de Peñafór, y eso no tanto para tomar alimento él como para pagarle á un górrista.

Con todo, á la larga hubo una como transacción entre la fábula neta y la realidad. En tiempo del Imperio, los héroes de novela, gentes todas militares ó destinadas á serlo, tomaron á pecho el tener un estómago. Introdujo esta reforma Pigault Lebrun. Algo semejante á los fo-

1 Ducray-Duménil.

rajidos ilustres que conquistaban el mundo, estos héroes bebieron inmensos tragos, pero tan solo bebieron, pues el comer parecía cosa tonta para personajes que tiraban el florete con la Europa entera² por tanto en el aguardiente, el ponche de ron y el vino de España cifaban ellos toda su gloria. Eriboneaban en compañía del amor, cantando una romanza de Boieldieu ó de la reina Hortensia, y achispábanse en honra de las bellas.

¿Qué diferencia, santo Dios, con la escuela inglesa, la más fecunda en punto á novelas! Cualquiera puede contemplar á Tom Jones³ á la mesa, y ni un épice pierde Tom Jones del interés que excita. Daniel de Foé no se descuida de dar á saber de qué manera Robinson Crusoe busca la vida en su isla, y en esto principalmente es lo que interesa el personaje. Escenas gastronómicas abundan en Walter-Scott⁴, el Homero de las narrativas familiares.

¿Quién no ha leído veinte veces con gusto la página en que Fenimore Cooper⁵, el Walter-Scott de la América, pone á Calzadecruero enguyendo un permil de bisonote? En nuestros días Dickens no omite sino rara ocasión el sustentar lo mas que puede á las criaturas que pone en acción. En suma, todos los escritores ultramarinos parece como que de continuo tienen á la vista este verso que pone Molière⁶ en los labios del bonazo de Crisales:

Vivo de sopa exquisita
Y no de buenas razones.

Volviendo á nuestros carneros, ha existido poco hace una época en que los novelistas se afanaban por crear hombres y mujeres puramente materiales. Cuando el romanticismo estaba en toda su fuerza, en 1831, los héroes de novela bebían á

1 Tom-Jones.
2 Hudler-Scott.
3 Fenimore Cooper.
4 Moler.

mañana y noche de la copa amarga de la vida y se comían los puños. Con trabajo se darían gentes mas comilonas que aquellas, Madama Stael¹ hizo punta con su Corina; Benjamin Constant² y M. de Séanancourt³ creyeron llevarse la palma sobre el modelo de la musa moderna dando á luz, el uno á Adolfo y el otro á OBERMANN. Desde entonces los personajes á la moda cayeron en un disgusto invencible por el pan de centeno y el vino de la viña; tragábase sus lágrimas, y cuando no tenían á mano lágrimas ni sollozos, se roían el corazón, lo cual no es tan sabroso como una simple criadilla de Perigór ni aun como una tajada de pastel de Estrasburgo.

Por fortuna estas tradiciones no tenían de hacer huesos viejos. Un día M. Honorato de Balzac dijo para su sayo:

—Ya no es dable hacer ayunar la idea de un libro en una época en que el hambre es el asunto dominante, ó mas bien, ¡ay! el único asunto. En lo sucesivo desleiré la Fisiología DEL OUSTO en mis libros en octavo.

El insigne novelista no tardó en cumplir su promesa: nadie ignora que el primer volumen de EL PADRE GORIOT versa casi todo sobre lo que ocurre en una mesa redonda del país latino, mesa redonda enterreada donde se encuentra frente á frente uno de otro á Eugenio de Rastignac, al doctor Bianchon y á Votrén, alias Clavalamuerle.

Lo mismo que Balzac, M. Eugenio Sue comprendió la necesidad de hacer subsistir á su gente de diferente manera de lo que respiran los duendes y los silfos. Y luego, ¿cómo evaporizar las espantosas silfuetas que el novelador socialista desenterraba de los albañales de la capital? Có-

mese pues mucho en los MISTERIOS DE PARIS, y hasta á la calidad de los bocados excede su cantidad: sin hablar del *peñas-caró* que corre en abundancia, todo el mundo sabe que en el capítulo II se mete el diente, en la calle de las Habas, en la taberna de la Lechuzca, á un *croque* con que se chupan los dedos los convidados. El *croque*, patillo que no conoció Lúculo, es un mosaico de lenguas de ternera, de cabezas de arenques, de ruinas de hojaldre, de pedazos de costillitas y de otras riquezas del mismo género.

Aquí se pudiera hacer un cargo á los señores Víctor, Hugo, Alfredo de Vigny⁴ y Enrique de la Touche, á saber: que sus personajes están veinte veces á punto de regodearse y en realidad no se regodean. Siempre cree uno que Pedro Gringorio va á comer algo con los truhanes de la Corte de los Milagros, y siempre se lleva uno chasco. A Siello, el Doctor negro, que está presente á la triple muerte de Gilberto, de Chatterton y de Andrés Chénier se le ve con frecuencia á pique de romper la costra de un pastel; pero no hace nada. En cuanto á Fragoleta, no se le ve tomar cosa alguna, ella que siendo hombre y mujer á un tiempo debía por lo mismo comer por dos.

Otro tanto sucede con el *pandemonium* de Jorge Sand. La abstinencia viene á ser el régimen de todos estos rebeldes elegiacos, apenas si una vez se tiende el mantel en LELLA, y aun eso es para cantar unos versos de doce pies con acompañamiento de liras y de tiorbas. En HORACIO y en las novelas de la REVISTA INDEPENDIENTE, Jorge Sand no permite á sus héroes que devoren nada mas que tiranos.

No puedo negarse: M. Alfonso Karr describe algo mejor las angustias y el realismo cruel de la vida de artista en BAJO LOS TILOS y en GENOVEVA: este último li-

1 Stael.
2 Constant.
3 Senancier.
4 Retrato de perfil sacado por el contorno de la sombra (silhouéte).—M. L.

1 Vidi.

bro brilla particularmente por una página llena de fantasía y de verdad. Trátase de un tocifero que dos veces hace su entrada en el taller de un pintor con una caja de estaño llena de costillitas con pepinillos en adobo: de este episodio, tan poco novelesco al parecer, saca un partido maravilloso el artista, resumiendo admirablemente en este golpe de teatro que vale una comedia, los trabajos y los gustos de los gitanos.

Si no lo lleváis á mal, amigo lector, diremos una palabrita de M. Alfredo Musset. El autor de FEDRICO Y BERNRETA ha inventado una gastronomía aparte para uso de sus héroes. Cuando leas la preciosa novela que se intitula CRUASILLAS, veréis este pasaje:

“La Normandía no es mas que un vasto manzanar de un extremo á otro de la provincia; por todo el camino Cruasillas no comió sino manzanas.”



Sustento es este muy primitivo, antediluviano y que trae á la memoria el fruto prohibido de nuestros primeros padres; pero en ese caso, para la tierra de las manzanas, M. Alfredo de Musset habria debido tomar para heroína una Carlota.

Se nos tendrá á mal acaso el que nos

háyamos dejado á M. Pablo de Kock en el tintero: este señor, lo confesamos, sustenta bien á sus personajes, y aun las gentes de gusto notan que los sustenta en demasía; pero este exceso no es un defecto, sino lo contrario, en un escritor que es la delicia de las cocineras.



INFLUENCIAS 397

G. de GUNY Editeur

INFLUENCIAS.

LOS DOS ANGELES.

POR EMILIO REY.

Blandos sueños de ventura
Halagan dulces la mente
De esa jóven hermosura
Que se mira dormir.
¡Es dulcísimo su sueño!
Encantadoras visiones,
Con divinas emociones
Su pecho hacen palpitar.

Mas de pronto se estremece
Porque resuena en su oído
Acento desconocido,
Sílabe y argentina voz.
Es la voz de un ángel malo
Que la dice tentadora:
"Gozad del mundo, señora,
"De sus delicias y amor.

"Gozad, gozad... Los placeres
"Son el encanto del alma,
"Para las lindas mujeres
"Es esta vida un Eden.
"Gozad, señora, que el mundo
"Es una alfombra de flores;
"Mil y mil adoradores
"Os halagarán en él.

"Gozad, señora... ¡lanzaos
"Y en los brillantes festines,
"Y en animados saraos
"Encontrareis el placer.
"Los succulentos manjares,
"Los espirituosos vinos,
"Ahogarán vuestros pesares,
"Sí es que pesares tenéis.

"Gozad, señora... la vida
"Es una senda de flores,
"Y en danzas, vino y amores,
"Hallareis felicidad.
"La dicha está en los placeres...
"Es necio quien los condena...
"Cantad... reid... las mujeres
"Nacisteis para gozar..."

Y la jóven hermosura
Se sonrie blandamente
Dibujándose en su frente
El placer del corazón.
Que al oír el dulce acento
Que la pinta tales goces
Vuela raudo el pensamiento
De ilusión en ilusión.

De repente se oscurecen
Las visiones que la encantan;
Huye el ángel, aparecen
Fantásticas sombras mil,
Y con alas de colores
Rasgando el cielo azulado
Viene á posarse á su lado
Un hermoso querubín.

"¡Despiértate, niña!... El vicio
"Se encubre siempre con flores...
"Con falsos labios traidores
"Te ha hablado el ángel del mal.
"Huye del festín ardiente,
"Do las bacanales huye,
"Porque sellarán tu frente
"Con afrentosa señal.

"No está sembrado de rosas
 "El camino de la vida;
 "Si la virtud no se anida
 "En tu pecho tierno y fiel,
 "En lugar de flores bellas
 "Hallarás rudas espinas
 "Que al pisar encima de ellas,
 "Rasgarán tu lindo pié.

"Huye, niña, los placeres,
 "Guarda mucho tu hermosura,
 "Que vosotras las mujeres
 "Cañas muy débiles sois:

"Frágiles como los juncos
 "Que crecen en la ribera....
 "¡Ay! una mano cualquiera
 "Puede echaros un borron."

Dijo el querub... desplegando
 Sus alas de plata y rosa,
 Por los espacios cruzando
 Hasta el ciclo se elevó,
 Y la juvenil belleza
 Entreabrió los dulces ojos,
 Movió la linda cabeza,
 Y del sueño despertó.

Méjico, marzo de 1852.

RECOMPENSAS DE LA FIDELIDAD.

Nunca abandoneis á un amigo. Cuando le persigue el odio, cuando le postra la enfermedad, cuando el mundo le maltrata, entonces es cuando se prueba la amistad verdadera. Los que huyen de los espectáculos de desgracia, su hipocresía patentizan, y dan á conocer que el interés tan solo los mueve. Si tenéis un amigo que os ame, que haya estudiado vuestro interés y felicidad, no le olvideis en su adversidad. Dadle á conocer que apreciáis su bondad y que sabéis valuar su cariño. Ra-

ra es la verdadera lealtad, pero existe. Solamente niegan su valía y su poder los que nunca amaron á un amigo, ó traba- jaron en hacer feliz á un amigo. El bueno y bondadoso, el afectuoso y el virtuoso saben sacrificar el interés propio al bien de sus semejantes; y en correspondencia reciben el premio de su amor encontrando corazones que los aman y recibiendo mil servicios cuando la adversidad ó la desgracia los abruma.

A SOFIA.

SONETO.

Cuando mi pecho en juventud ardía.
 Tu frente pura coroné de flores,
 Y en mi dorada lira tus loores
 Sonaban, dulce bien, de noche y día.

Feliz cual nunca fui, bella Sofia,
 Con tu cándida risa y tus amores,
 Con tu blando desden y tus favores,
 En otro tiempo cuando Dios quería.

Como las rosas que arrebató el viento,
 ¡Ay! pasaron las horas de ventura,
 Y en pos de ellas vinieron los pesares.

Mas tú siempre serás mi pensamiento,
 Mi amor en este valle de amargura
 Y el número de mis fervidos cantares.

J. SEBASTIAN SEGURA.

LA PÓLVORA.

POR ASMODEO DE BAST.

*El convento de los franciscanos de Friburgo.—Los primeros cañones.
 Las armas de fuego.—Las minas.—Las fiestas de Medicis, etc.*

Mientras se sepulta en el olvido el nombre de los hombres que han sido benéficos á la humanidad, se conserva fatalmente la memoria de los que han sido su azote; erigense altares á los que han descubierto el secreto de perfeccionar la destruccion y de multiplicar la muerte, mientras se abandona á los albañales de la ingratitude y de la indiferencia á los inspirados de Dios que con haber inventado un instrumento, indicado ligeramente una idea, han abierto á la inteligencia humana el campo inmenso del trabajo y de la inmortalidad. ¿Cuál es el sabio que podrá decirnos el nombre del que inventó el primer torno de hilar ó el primer martillo? ¿En qué climas, bajo qué cielos colocaremos las primeras colmenas, y cuál es el hombre que supo reunir bajo unas pajitas las esparcidas repúblicas de la industriosa abeja? ¿Y quién encendió sobre los abismos del Océano las lámparas eternas cuya claridad ardiente señalan al navegante, en lo mas fuerte de la tormenta, los escollos que debe evitar? El silencio tan solo responde á una curiosa gratitud. Mas en cambio, no ignoramos ni el nombre de los que han descubierto y popularizado los mas sutiles venenos, ni la vida de los que han inventado las armas

mas mortíferas. Los poetas han divinizado, bajo el nombre de Vulcano, al primer fabricante de los rayos humanos, y el nombre de Locusto ha atravesado hartos siglos para rejuvenecerse en el nombre de la Brinvilliers.¹

Los grandes males se remudan en la tierra; cambia la muerte sus postas sin cambiar no obstante el andar de su carrera. No bien acababa la humanidad de verse libre de aquella horrible enfermedad llamada lepra, y que diezaba todos los años las poblaciones europeas, cuando un fraile de Friburgo, por una de esas casualidades á que se deben los mas de los descubrimientos, encontró el secreto de la pólvora.

Otro hombre habria quizá enterrado en el misterio de su laboratorio este secreto espantoso; pero el fraile quiere siempre salir á luz: cuando es elocuente y docto como Lutero, lucha cuerpo á cuerpo con la autoridad del papa; cuando es envidioso y codicioso como Schwartz vende á la muerte las entrañas de la humanidad.

El fraile de que hablamos se llamaba Bertoldo Schwartz y era hermano de la órden de san Francisco en el convento mayor de Friburgo, en Alemania. Su ge-

¹ Brinvilliers, famosa convenenadora.